

Invitados a colaborar con el Dios presente y activo en el mundo

*Dimensión de la Justicia y
Retos apostólicos hoy en la Compañía de Jesús,
desde la perspectiva del Apostolado Social*

*Documento final de la Reunión anual de Coordinadores Sociales
de Conferencias y Asistencias*

Mayo de 2011



**Secretariado para la Justicia Social
y la Ecología**

ÍNDICE

1	Introducción	4
1.1	Estructura del presente documento	4
1.2	El punto de partida: Testigos de la vida	5
	Vivir junto a los pobres y excluidos, fuente de alegría y esperanza	5
	Una realidad dolorida, pero atravesada por la acción liberadora de Dios	6
2	La dimensión de la justicia en la Compañía	7
2.1	Nuestro compromiso con la promoción de la justicia	7
	Creciente sensibilidad de la Compañía hacia la promoción de la justicia	7
	La necesidad de poner la justicia más en las obras que en las palabras (EE 230)	7
	Comprensión más aguda del significado de justicia	8
	La importancia de la vida comunitaria	9
2.2	La situación del Apostolado Social	9
	La dificultad de involucrar a los jóvenes jesuitas en el Apostolado Social	11
2.3	Algunos retos en la promoción de la dimensión de justicia	12
3	Retos apostólicos de la Compañía de Jesús	144
3.1	¿Podremos vivir juntos?	144
	Fuentes de tensión	155
	Un profundo anhelo de democracia	155
	Promover procesos de reconciliación y espacios de convivencia	16
3.2	¿Encontrarán los excluidos un lugar donde vivir humanamente?	166
	Dinámicas de exclusión económica	177
	El servicio a los excluidos	177
	Hacernos amigos de los pobres	188
3.3	¿Podrán las personas crecer firmes en la fe y la solidaridad?	199
	La dificultad del crecimiento humano	19
	La belleza de esta aventura	20
	Acompañar procesos de crecimiento humano y cristiano	20
4	Responder como un solo cuerpo apostólico	222
4.1	“Otro mundo es posible”	222
	Cambios estructurales	222
	Respuestas de la Compañía	222
4.2	Crecer como cuerpo apostólico	233
	La necesidad de una colaboración amplia	244
	Enraizados en nuestra tradición ignaciana	255
	Codo a codo con nuestros colaboradores	255
	Con visión estratégica	266

1 Introducción

La Compañía vive tiempos de cambio. La Congregación General 35 celebrada en el año 2008 ha impulsado la formación de un cuerpo “concebido desde una mayor universalidad” (d. 5, n. 1 a), capaz de responder mejor a una misión que no podemos hoy parcelar geográficamente y que se nos aparece como “misión universal” (título del decreto 5). Esta Congregación ha proporcionado cobertura jurídica y motivación al despliegue de las Conferencias, las cuales nos están ayudando a *colaborar entre provincias* y a superar fronteras nacionales.

A su vez, cada vez somos más conscientes de que los retos apostólicos actuales necesitan de la *contribución de todos los sectores apostólicos* en los que organizamos nuestra actividad. El P. General menciona con frecuencia las dimensiones de la misión que deben estar presentes en todos nuestros ministerios. De ahí que se estén formando tres “Secretariados Centrales”¹ que hacen referencia a esas dimensiones: el servicio de la fe, la promoción de la justicia y la colaboración con otros.

Nos encontramos ante dos perspectivas profundamente transformadoras: de **creciente colaboración tanto entre provincias, como entre sectores apostólicos**. Estas perspectivas introducirán en los próximos años dinámicas que irán modificando la fisonomía de la Compañía y que nos permitirán responder mejor “al ritmo acelerado de la globalización, a la dimensión transnacional y multicultural de los retos afrontados por la Iglesia y a nuestros deseos de colaborar más en la Compañía universal” (CG 35, d.5, n. 1 a).

1.1 Estructura del presente documento

Hemos dedicado la **reunión de Coordinadores Sociales de las Conferencias y Asistencias**² de mayo de 2011, convocada por el *Secretariado para la Justicia Social y la Ecología*, a la elaboración de este documento que recoge los principales aspectos de nuestra reflexión. La metodología utilizada, que solicitó una gran participación y que nos permitió manejar muchos informes procedentes de las Provincias en respuesta a un cuestionario previamente enviado, puede encontrarse en el Anexo 1.

El documento se sitúa ante dos nuevas perspectivas: de una parte, y dada la importancia que adquiere en la nueva configuración la dimensión de la justicia, se detiene a examinar la **presencia de la dimensión del trabajo por la justicia en la Compañía**, sin ceñirse exclusivamente a la calidad y vigencia del apostolado social. A esto le dedicamos un *primer apartado*.

¹ P. Adolfo Nicolás (2011), *Algunos cambios en el Gobierno Central de la Compañía*, n. 1A.

² Este año han asistido 10 jesuitas: el Coordinador de Asia Pacífico (P. Denis Kim sj), el de Asia Meridional (P. Xavier Jeyaraj sj), el coordinador actual de África (P. Guislain Tshikendwa sj) y el jesuita que lo remplazará próximamente (P. Rigobert Minani sj), el coordinador de Estados Unidos (P. Tom Greene sj), el de América Latina y Caribe (P. Alfredo Ferro sj) y su asistente (P. César Torres sj) y los coordinadores de Europa, correspondientes a cada una de las Asistencias europeas (P. Andreas Gösele sj, P. Brendan Mac Partlin sj P. Higinio Pi sj).

En *segundo lugar*, quiere ayudarnos a **reflexionar sobre los retos apostólicos globales que hoy afronta la Compañía**, mirando más allá de sectores apostólicos y de provincias, desde la sensibilidad propia del apostolado social. Estructuramos estos retos en torno a tres preguntas que resultan particularmente interpelantes:

- 1) ¿Podremos vivir juntos?,
- 2) ¿Encontrarán los excluidos un lugar donde vivir humanamente?,
- 3) ¿Podrán las personas crecer firmes en la fe y la solidaridad?

Por último, reflexionamos sobre la necesidad y los modos de responder a todas estas situaciones como un solo cuerpo apostólico³.

1.2 El punto de partida: Testigos de la vida

Este documento tiene su propio punto de partida: la vida de la que son testigos las personas que trabajan en el apostolado social. Esas personas perciben que, en medio de la historia de las gentes y comunidades a las que acompañan, el Dios de la vida se hace continuamente presente invitando a la esperanza y a la generosidad y desarrollando procesos personales de donación, que son un motivo de alegría para quien los contempla.

Vivir junto a los pobres y excluidos, fuente de alegría y esperanza

Todos los informes que hemos compartido expresan el compromiso de las personas que trabajan en el apostolado social por construir, junto a los pobres y excluidos, un mundo de justicia y dignidad. Ésa es su dedicación primaria. Participan de sus anhelos, de sus preocupaciones por el futuro y de sus luchas sociales.

Vivir y ofrecerse a ellos es una fuente especial de alegría y esperanza. Es un hecho constatable, más que una realidad fácilmente explicable. Así sucede cuando observamos la capacidad de resistencia de las personas, la fuerza y belleza de sus celebraciones, sus apuestas decididas por el futuro, sus actitudes ante el dolor... Quien contempla todo esto con ojos de creyente, descubre la presencia entre ellos del Dios de la vida que se enfrenta a las fuerzas de muerte y que produce consuelo, aumentando la fe, la esperanza, la caridad, y no menos el contento interior (EE 316).

A su vez, las personas excluidas ven este mundo desde abajo, desde los perdedores entre los que se encuentran. Son personas que desean otro mundo nuevo, que aún está por llegar y que esperan sea más humano y ofrezca sitio para todos. Ese deseo se adhiere al corazón de quien vive y trabaja para estas personas.

Finalmente, cuando trabajamos en favor de estas personas **coincidimos con otra mucha gente de buena voluntad** que también comparte nuestra misma misión de servicio a los últimos. Trabajar con los excluidos genera una corriente de amistad y solidaridad con otros muchos grupos, instituciones y comunidades que forman parte de tantas gentes de buena voluntad. No estamos solos en esta misión y esto es también una fuente de consuelo.

³ En el Anexo 3 pueden encontrarse algunas preguntas para nuestra oración y reflexión personal, así como para nuestro diálogo comunitario.

La Congregación General 34 nos lo decía con otras palabras:

“Nuestro servicio, especialmente el de los pobres, ha hecho más honda nuestra vida de fe, tanto individual como corporativamente: nuestra fe se ha hecho más pascual, más compasiva, más tierna, más evangélica en su sencillez”, d. 2, n. 1.

Y un poco más adelante:

“(el compromiso con la justicia) nos puso en buena compañía: la del Señor ciertamente, pero también la de tantos amigos suyos entre los pobres y todos los comprometidos en pro de la justicia. Peregrinos con ellos hacia el Reino, nos hemos sentido impactados por su fe, renovados por su esperanza, transformados por su amor”, d. 3, n. 1.

Una realidad dolorida, pero atravesada por la acción liberadora de Dios

Llama la atención la variedad y el número de las penurias que atraviesan las personas a las que hemos sido enviados: pobreza, marginación, violencia, desarraigo, pérdida de identidad, desplazamientos forzados... Son menciones constantes de nuestros informes y que proceden de todos los rincones del planeta, con pequeñas variaciones.

Sin embargo, ese dolor y sufrimiento no es la última palabra, sino que reconocemos al mismo tiempo la presencia de un Dios que continúa trabajando (EE 236) por tantas personas en necesidad. Cada día somos testigos de la presencia del Padre que, como en tiempos de Jesús, manifiesta su cercanía a los últimos sanando y liberando.

En nuestra reunión de Coordinadores nos hemos sentido mirando el mundo desde dentro, en tanta variedad de gentes y circunstancias, como nos invita Ignacio en la Contemplación de la Encarnación. Y hemos escuchado esa voz fiel de Dios que sigue diciendo: “Hagamos redención” (EE 107). Esa voz expresa la seguridad de que él está presente y nos sigue convocando a colaborar con él.

2 La dimensión de la justicia en la Compañía

El estado de la dimensión de la justicia en la Compañía ocupó una parte importante del cuestionario que enviamos a las provincias y al que posteriormente, en la reunión de Coordinadores, dedicamos un espacio amplio para la reflexión y el discernimiento.

En el presente apartado presentamos la información que recogimos y algunas de las reflexiones a las que nuestro diálogo posterior dio lugar. Lo estructuramos de la siguiente forma: en primer lugar, nos centraremos en la dimensión de la justicia; a continuación nos fijaremos en la situación específica del apostolado social; terminaremos refiriéndonos finalmente a los retos que esta situación nos plantea.

2.1 Nuestro compromiso con la promoción de la justicia

Hemos detectado en lo referido la dimensión de la justicia tres aspectos a reseñar: una extendida sensibilidad de la Compañía hacia la promoción de la justicia, la dificultad de transformar nuestras retóricas en obras y la necesidad de profundizar en el significado que tiene para nosotros el término justicia.

Creciente sensibilidad de la Compañía hacia la promoción de la justicia

Este dato aparece en todas las Conferencias, aunque no se presente en todas ellas con la misma fuerza. Se trata de una buena noticia: la promoción de la justicia está, en buena medida, pacíficamente asumida como una parte de la misión de la Compañía, algo que no sucedía de forma tan extensa en el pasado. La oposición y el conflicto latente entre los que se dedican al apostolado social y quienes se dedican a otros ministerios más tradicionales, que ha existido en otros tiempos, ha dado paso a un sentimiento progresivo de aprecio, cariño y compañerismo.

La tendencia se confirma al apreciarse que **la mayoría de las instituciones de la Compañía desean hoy mostrar su compromiso con la justicia**. Algunas buscan este compromiso de una forma sistemática. Otras muchas lo buscan al hilo de los acontecimientos, según las ocasiones que van apareciendo.

También vemos que la dimensión de la justicia está introducida de forma **muy extendida en nuestros escritos y predicaciones** y que es comunicada y recibida de modo natural y pacífico durante la formación.

La necesidad de poner la justicia más en las obras que en las palabras (EE 230)

Así como apreciamos que se ha extendido la sensibilidad social y nuestro discurso está atravesado por nuestro compromiso por la justicia, creemos que no existe en la misma medida una incorporación en nuestras obras y comunidades de lo que este compromiso implica.

En muchos lugares, esta promoción de la justicia se circunscribe a **una preocupación intelectual** por la misma, que no da lugar a tomas de postura públicas, acompañamiento de poblaciones en situación de marginación o a acciones que manifiesten nuestro deseo de servirles.

Las dificultades se hacen aún mayores cuando esta promoción de la justicia puede implicar **posicionamientos públicos de la Compañía** que nos acercan a las causas de los excluidos, pero que

pueden no ser bien recibidos ni comprendidos por otros sectores sociales a los que servimos y que tenemos por fieles amigos.

Por otro lado, en este camino que va de las obras a las palabras un factor clave es dónde se sitúa el apoyo de las provincias en su conjunto y el de sus líderes. El apoyo real fluctúa mucho por regiones y provincias. La sensibilidad, si bien está extendida, muestra diferencias pronunciadas.

Por último, observamos que las acciones que las instituciones de otros apostolados realizan en el campo de la promoción de la justicia **no suelen tener el carácter sistemático de los esfuerzos** que realizan en otros campos.

Comprensión más aguda del significado de justicia

Desde la promulgación del Decreto 4 de la Congregación General 32, allá por 1975, la práctica de una fe que obra la justicia nos ha ayudado a profundizar en su significado para nosotros.

Por una parte, el uso del término “justicia” nos permite entablar un diálogo con otras muchas personas que luchan por ella, desde presupuestos vitales muy diferentes. Es una categoría que ayuda en el diálogo y la colaboración. Además, la justicia tiene en el ámbito público un carácter obligante que la hace especialmente valiosa en las luchas sociales.

Por otra parte, para nosotros la justicia es una categoría enraizada en nuestra fe y que se nutre de ella. Por tal motivo hablamos de la fe que hace justicia, o de la justicia que brota de la fe, o con tantas otras expresiones semejantes. Para nosotros la justicia es una categoría que remite a la fe y esta última a la primera. La fe proporciona mística a la lucha por la justicia; la justicia subraya la dimensión profética de la fe. La doble valencia, una más cívica y otra más espiritual, son igualmente esenciales.

La **espiritualidad ignaciana** contiene algunos elementos clave para el desarrollo de esta lucha por la justicia. Su insistencia en que sea más fruto del amor y del agradecimiento, que de la ira; las herramientas que nos proporciona para la búsqueda de la *mayor* justicia del Reino; su forma de prepararnos para la resistencia y la perseverancia; su horizonte escatológico; su modo de disponernos para la celebración, la amistad, la ternura... son recursos que contribuyen a anclar en la fe nuestra lucha por la justicia.

A su vez, hablar de justicia es algo más que hablar meramente de causas justas. Justicia remite a la posibilidad de que alcance a todos, nos abre a un horizonte de totalidad. Esta aspiración late en lo profundo de todo el apostolado social y conviene mantenerla viva porque es una tensión clave para el *magis* ignaciano. Sin embargo, en nuestros días es más fácil aspirar a algo menos que esto, por la complejidad del mundo en el que vivimos y por las dimensiones colosales de esta empresa.

Las últimas Congregaciones han venido en nuestra ayuda y así, la Congregación General 34, con su subrayado de la **solidaridad** –término que utiliza con frecuencia– y la 35, que emparenta nuevamente la justicia con la **reconciliación**⁴, han contribuido a que comprendamos mejor el significado actual que la justicia tiene para la Compañía. Justicia para nosotros tiene un significado más simbólico que exclusivamente operativo, que resulta generador de nuevos contenidos.

En cualquier caso, esa lucha por la justicia necesita **nuevas expresiones** para seguir despertando mayores adhesiones. Se trata de expresiones verbales, signos y símbolos que generen nuevas

⁴ Pues ya lo había hecho desde sus inicios la CG 32, d. 4, n. 2.

motivaciones para colaborar con ella. Lo que nosotros entendemos por “promoción de la justicia” apela a la persona completa y pretende no sólo un cambio de estructuras, sino una conversión del corazón y una nueva cultura emparentada con la solidaridad.

La importancia de la vida comunitaria

La vida comunitaria, ampliamente citada en todos los informes, constituye una pieza clave en nuestro compromiso por la justicia. Tendemos a vincularla con el voto de pobreza, con motivos obvios, pero no acostumbramos a reflexionar sobre si nuestro estilo comunitario favorece o dificulta el compromiso con la justicia.

Sin embargo, es claro que la vida comunitaria y sus dinámicas nos proporcionan las coordenadas de lo que consideramos “modo normal de vida” y nos hacen ver el mundo desde un lugar social determinado: un lugar de una ciudad, rodeados de determinados vecinos y no de otros, obligándonos o no a utilizar el transporte público, a pasear o no por determinados lugares... La vida comunitaria configura suavemente nuestra sensibilidad –nuestra mirada, nuestro gusto, nuestro olfato...–, algo que en la espiritualidad de Ignacio, profundamente encarnada, tiene una importancia fundamental.

Los informes nos indican que en muchos lugares nuestras comunidades realizan un esfuerzo deliberado por la sencillez de vida, en general vinculado a la práctica de la pobreza. Sin embargo, en términos generales, la apreciación es que nuestras comunidades **no son una ayuda valiosa en nuestro compromiso por la justicia**, por el lugar en el que se sitúan y por los estándares de vida que llevan. Esto debilita nuestro compromiso y amenaza la credibilidad de nuestro discurso.

Por último, de todas las regiones llega la información de que **nuestras comunidades de inserción están disminuyendo**, un dato que en el apostolado social se vive con preocupación y tristeza. Esto conlleva un menor contacto con los pobres y capacidad disminuida de generar amistades entre ellos. Sabemos que estas comunidades siguen siendo valiosas. A su vez, creemos que necesitamos nuevos modelos que nos ayuden a crecer como comunidades de solidaridad con los pobres. En algunos lugares se están ensayando, tratando de abrir sus puertas a los excluidos, conviviendo con ellos y haciéndose visibles en el entorno.

2.2 La situación del Apostolado Social

Existe una relación intrínseca entre el apostolado social y la dimensión de la promoción de la justicia en la Compañía. Sobre esta relación insistió el P. Kolvenbach en varias de sus intervenciones. En particular, podemos recordar la Carta sobre el Apostolado Social del año 2000, a cuyos contenidos continuó aludiendo con posterioridad a la misma.

En esta Carta, el P. General, tras señalar algunas debilidades importantes en el apostolado social, indicaba su relación con la dimensión de la promoción de la justicia (n.5):

“El apostolado social corre (así) el peligro de perder su vigor e impulso, su orientación e impacto. Si esto ocurriera a una determinada Provincia o Asistencia, entonces por falta de un apostolado social vigoroso y bien organizado, la dimensión social esencial se desvanecería también poco a poco”.

Han transcurrido un buen número de años desde la publicación de esta carta; sin embargo, seguimos siendo conscientes de la **importancia de un apostolado social “vigoroso y bien organizado”** que

favorezca el crecimiento de la propia dimensión social. Sin él, como decía el P. Kolvenbach, la dimensión corre el peligro de desvanecerse.

De ahí que una parte del cuestionario que elaboramos estuviera dirigido a conocer la situación del sector social.

El sector social es en la actualidad **un sector en disminución**, tanto en número de jesuitas destinados, como en la cercanía a los pobres. Son datos que proceden de casi la totalidad de las Conferencias. Ninguna menciona, por el contrario, un crecimiento en estos aspectos. Se trata de la desaparición de presencias tradicionales que ya no pueden sostenerse o de jesuitas mayores y sin reemplazo en determinados lugares de misión.

En particular es preocupante la mencionada *reducción de nuestro contacto con los pobres*, pues somos conscientes de que ese contacto es fuente de inspiración para nuestro trabajo y un aspecto importante de nuestra credibilidad. ¿Cómo podremos promover la justicia si no estamos junto a los excluidos?

Junto a este dato que se extiende por toda la Compañía, apreciamos diferencias sustantivas entre Conferencias y Provincias:

- En cuanto a la **institucionalización del sector**, el abanico es muy grande. Hay algunas Conferencias con un buen número de obras sociales propias, aunque no es el caso más frecuente. Hay Provincias, por el contrario, que carecen de instituciones propias de un sector social. Es un dato relevante para el conjunto de la Compañía.
- Una mayoría de las Provincias tienen **delegados sociales** designados. Algunos están destinados a tiempo completo al sector social. Otros muchos es frecuente que tengan que combinar esta responsabilidad con otras procedentes de otros sectores apostólicos. De ahí que su dinamismo y capacidad de respuesta quede disminuida.
- No son muchas las **comisiones sociales** activas en las Provincias, en las que se discierna sobre la actuación de la Compañía en el campo social, para buscar nuevas presencias y dar cada día mejores respuestas.

Por otro lado, **la convicción de los Coordinadores en este punto es clara**: la existencia de una cierta institucionalización del sector, la presencia de delegados sociales activos y el trabajo serio de una comisión social provincial, constituyen elementos necesarios para el fortalecimiento de un sector social. Son los instrumentos básicos para que en una Provincia se pueda responder de manera focalizada y coordinada sobre las cuestiones de justicia que están planteadas en un determinado territorio. Por eso es de lamentar que ésta no sea la situación general en toda la Compañía.

En los últimos años hemos aprendido que la **incidencia política** –o *advocacy*– y el **trabajo en red** en defensa de los más débiles son estrategias clave y de futuro en la promoción de la justicia. Hay experiencias exitosas en algunos lugares, tanto en la práctica del lobby político y empresarial, como en el de la concienciación de la ciudadanía y en la movilización social. Sin embargo, se trata de un campo en el que seguir creciendo. Es además una de las formas de trabajo que nos está moviendo a colaborar más, tanto dentro de la Compañía, como con otras instituciones sociales y eclesiales.

En particular hemos querido subrayar que la Red Global de Advocacy Ignaciano (GIAN) está generando esperanza en el sector, porque apunta a profundizar en la colaboración global y en la incidencia política, que, como decimos, constituyen dos vectores de futuro.

La **dimensión espiritual** está muy presente en el apostolado social. Hay sed de profundizar en ella, porque las realidades duras en las que se trabaja requieren de los mejores recursos espirituales para decidir con libertad, mantenerse en ellas, afrontar y acompañar los fracasos y sostenerse en la debilidad. Al mismo tiempo, seguimos teniendo necesidad de trabajar esta dimensión y, como señalan algunos informes, de ofrecerla a las personas pobres a cuyo servicio estamos.

Se siguen detectando en algunos lugares **formas individualistas de actuar en las instituciones sociales**, una debilidad del sector desde hace años. Esto dificulta la continuidad y el relevo de las instituciones. Cuando esta postura personal se apodera de la obra, algo que no es infrecuente, el conjunto queda privado de la riqueza que podría aportar. Brilla, pero sola; sin embargo, habría que señalar que el apostolado social **ha aprendido a colaborar** y que esto es una creciente fuente de dinamismo del sector y de fortalecimiento local.

La **participación del laicado** en nuestras obras es muy notable. Han disminuido los jesuitas, pero ha aumentado sustancialmente el número de laicos –ellos y ellas– comprometidos en las instituciones. Esta es una gran riqueza, pues el grado de ilusión por la misión y por el estilo de la Compañía que estas personas muestran es muy elevado. Por este motivo, a día de hoy, el apostolado social se entiende como un cuerpo compuesto por jesuitas y laicos que, desde una profunda fe y un arraigo en la espiritualidad ignaciana, promueve la justicia en los lugares donde se asienta.

A su vez, la **colaboración con organizaciones sociales y eclesiales** que defienden las mismas causas está muy extendida. La colaboración es esencial en el apostolado social. Por todo ello, podemos decir que este apostolado está tocando en la actualidad la vida de muchas personas.

En la mayor parte de la Compañía, las necesidades de financiación han llevado a una creciente orientación a la realización de proyectos. En algunos lugares, las instituciones oscilan siguiendo los vaivenes de las oportunidades de financiación que surgen, dando lugar a un cierto “proyectismo”. Se detecta, sin embargo, que allí donde hay un buen **liderazgo estratégico, ayudado por una buena planificación**, se ha logrado que los proyectos estén al servicio de una orientación de medio o largo plazo, que es realmente necesaria en nuestro acompañamiento de procesos de comunidades humanas.

La dificultad de involucrar a los jóvenes jesuitas en el Apostolado Social

La mayor parte de los informes procedentes de las Conferencias hacen referencia a este aspecto. Es necesario señalar algunas certezas en relación a este hecho:

La promoción de la justicia aparece como una de las razones importantes y frecuentes para entrar en el noviciado y una preocupación en los primeros tiempos de incorporación a la Compañía. Sin embargo, esta motivación tiende a disminuir durante la formación, en comparación con el atractivo que van generando otros sectores apostólicos. Esto conduce a que finalmente, cuando el jesuita se incorpora a la vida apostólica, tenga una menor inclinación a solicitar su colaboración con el apostolado social.

Queremos señalar algunos aspectos a los que los jesuitas que trabajamos en el apostolado social debemos prestar atención para lograr una mayor adhesión de nuestros compañeros jóvenes. Esto no significa que no puedan existir elementos propios de la formación que alejen a los jóvenes jesuitas del apostolado social a lo largo de su formación. Nos detenemos, sin embargo, en los déficits propios del apostolado social:

La **retórica del apostolado social** no consigue en ocasiones conectar con la sensibilidad de las generaciones más jóvenes. De modo general, en esa sensibilidad ha habido un desplazamiento de lo estructural, hacia la cercanía y el roce; de un acercamiento más secular, a un subrayado mayor de la identidad confesional y de la espiritualidad; de lo profético, a lo caritativo. A veces, no conseguimos conectar con nuevas sensibilidades y dialogar con ellas. Es necesario cultivar nuevos lenguajes para sintonizar vitalmente con otras formas de entender y situarse ante la realidad.

Nos damos cuenta de la necesidad de **acompañar las experiencias de inserción** para que los escolares comprendan mejor las raíces de la injusticia en nuestro mundo y su impacto sobre la vida de las personas. Es un acompañamiento también necesario para ellos con el fin de que perciban y convivan con la irrelevancia que se adhiere cuando nos unimos a los irrelevantes.

Los jesuitas del apostolado social necesitan **acercarse más a la formación**, de un modo racional y programado, para que nuestros compañeros conozcan, aprecien y tengan ocasión de vincularse a este sector. Se trata de acercarnos a sus comunidades, de ofrecer experiencias acompañadas en la formación y de ayudarles a profundizar en nuestra espiritualidad desde la cercanía a los más pobres.

Por último, reconocemos que el apostolado social no siempre acierta a **incorporar bien a los jesuitas jóvenes en las instituciones sociales**. Esto se produce por distintos motivos, como puede ser la diferente sensibilidad, la falta de preparación o el acompañamiento deficiente. Pero por la seriedad de las consecuencias cuando un compañero deja frustrado una de nuestras instituciones, se hace necesario pensar a fondo qué haya podido suceder.

2.3 Algunos retos en la promoción de la dimensión de justicia

Los retos apostólicos a los que hoy debe responder la Compañía requieren la colaboración, en un mismo espacio geográfico, de los distintos sectores apostólicos.

Esta colaboración puede ser dinamizada, de manera especial, por los gobiernos provinciales y de conferencias, que son los que definen el papel que cada sector apostólico debe jugar. Para ello tienen necesidad de ejercer un liderazgo creciente en el ámbito apostólico, y no sólo organizativo, a fin de que cada institución y jesuita den un mejor servicio a la misión.

De acuerdo con la experiencia de un buen número de provincias, ese liderazgo se ejerce cuando se desarrolla una planificación apostólica provincial con la participación de todos los sectores, de tal manera que cada uno pueda aportar lo mejor para el conjunto del cuerpo, más allá de su tamaño institucional o de su poder económico. De hecho, este es el único modo en que el apostolado social puede contribuir al cuerpo, puesto que, de otra forma, su asimetría de tamaño en relación al sector educativo, pastoral o de educación superior, lo convierte en una anécdota. Esto se está produciendo en unas cuantas provincias, ayudando a crear un verdadero cuerpo apostólico y permitiendo una respuesta más acabada a la misión.

Una colaboración particularmente estratégica consiste en la que pueden establecer las instituciones de educación superior y universitaria, junto a los centros sociales y las comunidades de inserción. De este tipo de colaboraciones puede brotar un pensamiento estratégico que nos ayude a profundizar más en nuestra misión.

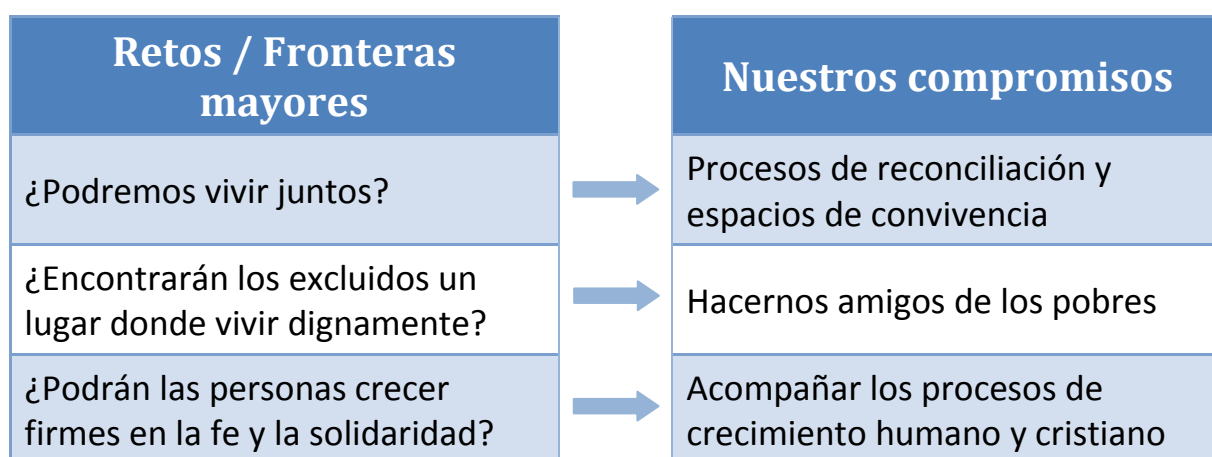
La experiencia nos indica que, allí donde existe un delegado social con un papel claro en la planificación de las provincias, así como un apostolado social dinámico, la Compañía responde mejor a su misión de promover una fe que obra la justicia. Podríamos decir que **existe algo esencial que el apostolado social ofrece a la misión de la Compañía y que es difícilmente sustituible.**

3 Retos apostólicos de la Compañía de Jesús

En este apartado recogemos los retos apostólicos que, desde la sensibilidad del apostolado social, percibimos más acuciantes para la Compañía hoy. Los estructuramos en torno a tres preguntas que nos resultan particularmente inquietantes, que no podemos responder con ligereza y que nos convocan a nuestra misión:

- **¿Podremos vivir juntos?**, pregunta que surgía al constatar la abigarrada diversidad de nuestras sociedades, a veces inquietante o incluso amenazadora,
- **¿Encontrarán los excluidos un lugar donde vivir humanamente?**, en medio de la paradoja de la abundancia desmedida y tanta pobreza inhumana,
- **¿Podrán las personas crecer firmes en la fe y la solidaridad?**, cuando nuestra oferta de una fe que obra la justicia topa fuertes resistencias o sencillamente la indiferencia.

Es en torno a estas preguntas que descubrimos hoy los mayores retos apostólicos para toda la Compañía, las fronteras de nuestro mundo a las que hoy estamos enviados. Seguramente no incluyen todos los retos, pero sí recogen aquéllos que, *desde la sensibilidad del Apostolado Social*, apreciamos hoy con mayor claridad.



El punto de partida profundamente creyente que hemos tratado de explicitar en la introducción es el lugar desde el que hablamos. De tal manera que las páginas que siguen no son un mero diagnóstico técnico del mundo en que vivimos, ni una propuesta programática. Se trata de una lectura creyente y apasionada de la historia, vista desde los ojos de un Dios presente y activo en su interior como verdadera corriente de liberación humana, que nos llama a colaborar con él.

3.1 ¿Podremos vivir juntos?

Nuestras sociedades muestran una creciente diversidad cultural que constituye una característica esencial de nuestro tiempo. Esa diversidad procede de los *grupos étnicos y nacionales* que las componen, de las *personas migrantes* que se incorporan a ellas llegadas de otros países y culturas e

igualmente de la *variedad de posturas ante la vida* y de valores de la gente. La diversidad en sí misma es una riqueza, pero según cómo se desarrolle la convivencia, puede dar lugar a múltiples tensiones y conflictos.

De hecho, algunos de los informes hablan de la dificultad de acompañar procesos en los que se enfrentan grupos étnicos o culturales, de las heridas que se abren entre ellos y de la necesidad de reconciliación con los distintos que existe en muchos de los países en los que estamos presentes. Pesa la historia, los recelos y las proyecciones que lanzamos sobre los distintos.

Fuentes de tensión

Son muchos los grupos étnicos, poblaciones urbanas o rurales, comunidades indígenas y culturas minoritarias a los que acompañamos y que se sienten **discriminados y marginados**. No se trata únicamente de que sean pobres –como sucede en bastantes casos–, sino que, el mismo hecho de su origen étnico o cultural, es fuente de exclusión en las propias sociedades en las que viven. En estos casos, sus derechos humanos civiles, sociales o culturales se encuentran en situación de riesgo o severamente atacados.

Asimismo, la cultura dominante actual, que se propaga en una multiplicidad de formas, ejerce una fuerte **presión sobre las culturas tradicionales**, que se sienten amenazadas y desorientadas. Estas culturas tradicionales pueden ser tanto de sustrato étnico como religioso, o un tejido de ambas. Esa presión les mueve con frecuencia a aislarse y defenderse, lo cual puede ser una nueva fuente de conflictos. Existen en la actualidad muchas formas de integrismo y fundamentalismo que han surgido de esta manera.

De otra parte, allí donde conviven **grupos que compiten por recursos escasos**, y el Estado no puede ejercer su autoridad o es corrupto, se producen con frecuencia situaciones de alta violencia, donde el enemigo acostumbra identificarse por su carácter étnico. En los últimos años, los conflictos más sangrientos que hemos acompañado y con mayores necesidades de reconciliación posterior tienen este carácter. En ellos surge con facilidad el fundamentalismo de carácter religioso o nacional, así como formas de comunalismo⁵.

Por último, en algunos países en los que nos encontramos, la historia ha dejado **severos traumas entre comunidades étnicas o nacionales**, que muchos años después de sucedidos, aún no se reconocen ni perdonan. Esto da lugar a sociedades rotas, con una fuerte distorsión en la convivencia, y que necesitan profundos procesos de reconciliación y de reconocimiento mutuo del dolor vivido y provocado.

Un profundo anhelo de democracia

Uno de los anhelos más profundos que habita hoy entre las gentes es el de poder participar en la toma de decisiones de sus sociedades. Es una demanda de *reconocimiento cívico* y de *participación política y social*. Como hemos visto en las revoluciones recientes en el mundo árabe, se trata de una demanda de democracia, es decir, de que las decisiones que afectan a todos puedan ser tomadas con la participación de todos. Este deseo de democracia también se expresa como combate contra las redes clientelares y la corrupción, que generan situaciones de violencia estructural.

⁵ En el uso común de la lengua, se considera que el “comunalismo” –una voz del mundo anglosajón– es la fuerza que genera crisis y conflictos entre comunidades, cuando se perciben como diferentes o antagonistas.

Esa demanda existe en la gran mayoría de las comunidades que acompañamos y que, sintiéndose marginadas, desean ser reconocidas y escuchadas.

Constatamos que son los movimientos sociales y las organizaciones de derechos humanos las que lideran esta demanda de mayor democracia. Son ellos quienes están adquiriendo un fuerte protagonismo en muchos países. No suelen tener propuestas concretas y acabadas, pero en ellos alienta un deseo profundamente transformador de la realidad social en la que viven, aspirando a un espacio de participación e inclusión para todos.

Promover procesos de reconciliación y espacios de convivencia

La Compañía trabaja en muchos lugares del mundo donde las comunidades marginadas luchan por construir una sociedad donde sean reconocidas y puedan participar. Estamos presentes en estos “puntos calientes” donde grupos culturales o religiosos están enfrentados o necesitados de largos procesos de reconciliación.

Más aún, allí donde las sociedades han atravesado episodios de violencia étnica o guerras civiles, la fractura abierta en las sociedades también está presente con frecuencia en nuestras propias comunidades jesuíticas o en nuestras instituciones. La convivencia entre diferentes no es sólo un reto social, sino un reto de la vida cotidiana que nos afecta igualmente a nosotros.

En este sentido, sentimos una llamada profunda a colaborar en procesos de reconciliación entre los diferentes:

- Es una llamada a generar lugares donde nos podamos encontrar y reconocer en nuestra común humanidad, para poder **construir juntos la convivencia**. Así lo hacemos, por ejemplo, en aquellos países donde creamos espacios de encuentro entre migrantes y población autóctona, lugares de diálogo y reconocimiento mutuo en nuestra común humanidad. Se generan en ámbitos sociales, educativos, parroquiales, etc.
- Es también una llamada a participar en **procesos largos de paz y reconciliación social**, en los que muchas veces también nosotros estamos envueltos, y en los cuales se necesita mucha paciencia y generosidad. Se trata entonces de restaurar las relaciones deterioradas por la violencia y de reconocer a cada uno en su condición de víctima. Son momentos también para descubrir el valor del perdón, que es profundamente sanador, pero no exigible, sino primariamente un don de Dios para la víctima, a la que libera del poder destructor del odio.
Esta llamada nos mueve a ir más allá de la demanda de derechos humanos, para ofrecer la dimensión de paz y reconciliación en todos nuestros trabajos.
- En especial, debido a nuestro carácter religioso y siendo así que muchos conflictos actuales tienen una componente religiosa, estamos llamados a favorecer el **encuentro con creyentes de otras confesiones** y a promover junto a ellos una sociedad más justa. El diálogo con el Islam, en muchos lugares donde está presente la Compañía, aparece particularmente importante.

3.2 ¿Encontrarán los excluidos un lugar donde vivir humanamente?

El actual modelo económico ha demostrado, en especial en las últimas décadas, su capacidad para producir riqueza. Sin embargo, las personas que trabajamos en el apostolado social convivimos con quienes han quedado al margen de esa producción de riqueza. Son personas excluidas del bienestar que debiéramos compartir entre todos.

Una opinión extendida tiende a culpar a los propios excluidos de su condición de postración, asegurando que viven así debido a su incapacidad o su pereza. Sin embargo, quienes viven a su lado perciben que no se trata de eso, sino de que el mundo está organizado de una forma tal que estas personas son quienes, en la mayor parte de las eventualidades históricas, han sido excluidas y, por lo tanto, salen perdiendo.

Dinámicas de exclusión económica

Las grandes instituciones económicas del mundo están primariamente preocupadas por la generación de riqueza. Se da por supuesto que una mayor riqueza global terminará por alcanzar y beneficiar a todos los habitantes del planeta.

Esta suposición está contestada por muchas comunidades a las que acompañamos y que se sienten apartadas del bienestar que ellas también contribuyen a formar. El sistema económico no está pensado para la distribución de los bienes, por lo que muchas veces, la creación de riqueza da lugar a una creciente desigualdad. Por otro lado, muchos ordenamientos políticos nacionales no contemplan una cobertura social que proteja a los más débiles. En esos casos, los beneficios productivos acaban en manos de sólo unos pocos. Por último, con frecuencia los estados suelen añadir a la discriminación cultural, la marginación económica. Cuando esto sucede, las poblaciones resultan doblemente castigadas.

Asimismo, las crisis económicas se suceden de forma recurrente. Hemos asistido en las últimas décadas a un buen número de ellas. Muchas en los países emergentes y la última, en la que aún nos encontramos, afectando primariamente a la mayoría de los países así llamados desarrollados. Durante los períodos de crecimiento, los beneficios han quedado en manos de los inversores; sin embargo, en los momentos de crisis, son las sociedades y el conjunto de los contribuyentes quienes han tenido que pagar las cuentas en rojo. El pago de esas cuentas supone desempleo, crecimiento de los impuestos, disminución de los salarios, recorte de coberturas sociales, etc. El coste humano de estas crisis es muy elevado para las familias y las personas que ocupan la parte más baja de la escala social.

De tal manera que la exclusión económica no obedece a un fenómeno que podríamos llamar “natural”, que no pudiera ser eludible, sino que se produce por la conjunción de varios factores o dinámicas que podrían ser cambiadas.

El servicio a los excluidos

El apostolado social se caracteriza por acompañar a numerosas víctimas de estas dinámicas de exclusión. Los informes compartidos mencionan una enorme variedad de situaciones en las que las personas involucradas en este apostolado se encuentran con las víctimas del sistema. Estas situaciones constituyen el espacio habitual en el que se desarrolla este apostolado.

Casi todos los informes mencionan la **pobreza** y la **precariedad de las personas a las que sirven**, así como el sufrimiento que produce acompañar a estas personas que no salen de una espiral de exclusión. Sin lugar a dudas, la pobreza es la característica propia del grupo mayor de personas que el apostolado social acompaña y la preocupación mayor de los compañeros que trabajan en él. Día a día nos preguntamos cómo ayudar a salir a estos grupos de su situación de pobreza y tratamos de trabajar a largo plazo, porque, a pesar del mundo de la prisa en el que vivimos, para ellos no hay ninguna solución inmediata.

Asimismo bastantes hacen referencia a las comunidades afectadas por la **extracción de recursos naturales y minerales**, muchas de las cuales son poblaciones indígenas que habitan tierras ricas en estos recursos y que, por este motivo, resultan despojadas de estos bienes, o desplazadas forzosamente, o privadas de capacidad de decisión sobre el futuro de la tierra que habitan.

También ha sido mencionado el castigo que sufren los grupos afectados por la **degradación ambiental**, habitando en lugares deteriorados o inhóspitos, tanto en ámbitos rurales, como en urbanos, como es el caso de las enormes favelas o barriadas de chabolas.

Igualmente nos referimos aquí a las personas que experimentan el **desplazamiento forzoso**, con ocasión de conflictos violentos, la ausencia de alimentos o la ejecución de mega-proyectos de desarrollo.

Los informes aluden a quienes **migran por motivos económicos**, un fenómeno que obedece al menos a dos factores: a la ausencia de oportunidades en el país de origen y a la demanda de mano de obra barata en los países o regiones a los que se desplazan.

Por último, es constante también la referencia a la **vulnerabilidad de las mujeres**, como un factor transversal de discriminación que agudiza su desamparo. Habitualmente, viven una situación de marginalidad añadida a la que experimentan los grupos a los que pertenecen, por el simple hecho de ser mujeres.

Hacernos amigos de los pobres

“La amistad con los pobres nos hace amigos del rey eterno”, nos decía Ignacio⁶. En esta misma tradición, recientemente Benedicto XVI nos recordaba a los jesuitas que resulta “natural que quien quiera ser verdadero compañero de Jesús comparta realmente su amor a los pobres”⁷.

Querer hacernos amigos de ellos conlleva una multiplicidad de facetas, que constituyen los retos específicos de este ministerio, que es primariamente un ministerio de amistad:

- **Vivir y comprometernos a su favor, introduciéndonos en su mundo:** haciendo nuestras sus luchas, comprendiendo las situaciones en las que viven, mirando el mundo como a ellos se les muestra, dejándonos cautivar por su resistencia y sus valores, descubriendo su dignidad. Se trata de un reto que nos pregunta por nuestro lugar vital. Difícilmente hay amistad real si no se comparten algunos referentes vitales significativos.
- **Esa amistad es un regalo.** No lo decimos sólo porque así lo sienten quienes conviven con estas personas, sino sobre todo porque para hacernos amigos de ellos, tenemos que ser aceptados como tales amigos y dar muestras de una fidelidad personal o institucional. Ellos nos regalan su amistad. Después sólo nos queda agradecer, pues de hecho la vida junto a estas personas suele transformarse en oración de agradecimiento.
 - Esta amistad está ligada al **lugar que ocupan nuestras comunidades**, a su modo de vida, a su capacidad para la acogida y la hospitalidad y a sus referentes sociales. Hay estilos de vida y comunidades que nos alejan de ellos y de sus preocupaciones; otros, por el contrario, nos sitúan a su lado. En esos casos, no tenemos que hacer mucho para acercarnos a su mundo, pues se ha convertido también en el nuestro.

⁶ Carta de S. Ignacio de Loyola a los Padres y Hermanos de Padua, Roma 7 de agosto de 1547, n. 3.

⁷ Alocución de Benedicto XVI a la CG35, n. 8.

- Esta amistad no sólo habla de acompañamiento, sino también de **servicio**. Servir supone ponernos a su disposición, compartiendo lo que somos y tenemos, respetando su dignidad sin imponer nuestras preocupaciones y agendas, sino por el contrario descubriendo con ellos lo que sea mejor para su crecimiento y desarrollo.
- Se trata también de **defenderlos**. Ya hemos dicho que hay dinámicas propias del mundo en el que vivimos que producen exclusión y marginación. Esperamos que algún día será posible erradicarlas. Para ello, necesitamos estudios, investigación, capacidad de análisis y de propuesta para, posteriormente, desarrollar procesos de *lobby* y *advocacy* que los defiendan.
- Por último, y como aparecía en distintos momentos de nuestro encuentro de Coordinadores, **necesitamos estar dispuestos a experimentar y celebrar el fracaso** con aquellos que tantas veces lo experimentan. Y eso se nos hace muy duro. Se precisa una espiritualidad muy profunda para poder hacerlo.

3.3 ¿Podrán las personas crecer firmes en la fe y la solidaridad?

Cada uno de nosotros hemos encontrado el mayor consuelo de nuestras vidas en una fe que obra la justicia. Hemos experimentado que se trata de una vida “más feliz, más pura y más apta para la edificación del prójimo”⁸. Hemos descubierto que “buscando el Reino de Dios y su justicia”, todo se nos da por añadidura (Mt 6, 33). De ahí el deseo de todo jesuita de ofrecer un estilo de vida en fe y solidaridad a los demás. De hecho, podríamos decir que éste es históricamente, y hoy también, el gran empeño de la Compañía: colaborar a que las personas y las comunidades crezcan en su fe y en su compromiso por la justicia y la solidaridad.

La dificultad del crecimiento humano

El crecimiento humano se ha hecho hoy más complicado. En la modernidad líquida en la que vivimos se han multiplicado las ofertas de vida buena. Las posibilidades que cada ser humano tiene a su alcance han aumentado espectacularmente en relación a las que existían en el pasado.

Al mismo tiempo, como decíamos antes, las culturas tradicionales están experimentando procesos importantes de erosión, que hacen que cada vez tengan una menor influencia sobre las generaciones jóvenes. Es frecuente escuchar, en todas las latitudes, el profundo cambio de valores que las sociedades están experimentando. Las personas jóvenes disponen de un abanico más amplio de posibilidades sobre sus vidas que el que tuvieron las generaciones que les precedieron.

Más aún, el propio criterio sobre qué sea bueno o malo para nuestras vidas se ha trasladado —en algunas latitudes, definitivamente— al ámbito de la conciencia personal, que es la que emite el último juicio.

Todo esto ha conducido a que sea la persona concreta la que debe alcanzar juicios sobre los valores, tomar decisiones clave sobre la orientación de su vida y proyectar su propia identidad y futuro. Esto, sin embargo, se produce en condiciones en que los referentes tradicionales se han desdibujado y ya no actúan como balizas firmes, sino como un posible indicador más, junto a otros muchos procedentes de múltiples ofertas de vida buena. De ahí la dificultad actual del crecimiento humano. Una dificultad que se agudiza entre aquellos que se encuentran en el momento de tomar decisiones

⁸ Fórmula del Instituto [5], 1550.

clave sobre sus vidas, es decir, entre los jóvenes a los que acompañamos en tantos lugares del mundo.

Además hoy se han multiplicado las posibilidades de elección. **Nuestra oferta de fe y de compromiso con la justicia se manifiesta como una posibilidad más, entre otras muchas, de llevar una vida buena.** No es, por otro lado, una opción sencilla; lo sabemos bien: necesita de fortaleza humana, de cierta solidez y capacidad de apostar fuerte en la vida y de comprometerse con ella. Ignacio expresaba esto diciendo que se necesitaba “*subjecto*” (EE 18).

La belleza de esta aventura

El cambio de época en el que nos encontramos, en el que quedamos radicalmente remitidos a nosotros mismos para la toma de decisiones sobre la propia vida, si bien es complicado, tiene una particular belleza.

Las personas adquieren a día de hoy un *elevado grado de autonomía* que antes no tuvieron. Ya no estamos tan atadas como en el pasado a lo que las generaciones anteriores y las culturas tradicionales nos dictaban. Con ello se ha abierto también el acceso a bienes vitales que antes eran inalcanzables. Podemos aprender de otras muchas personas y culturas.

Es ahora cuando el ejercicio de la propia libertad alcanza un mayor valor, pues la panorámica de opciones ha aumentado considerablemente. Las personas que se toman en serio su vida, deben realizar un ejercicio notable de valoración de posibilidades antes de proyectar su vida. Por tal motivo, cuando lo hacen, el valor de su decisión es muy elevado.

Hemos quedado remitidos a nosotros mismos a la hora de decidir nuestra vida. Esto significa que ya no hay verdades a las que debemos someternos acríticamente, sino que somos nosotros mismos los que debemos *descubrir la verdad auscultando nuestro interior* y respondiendo a ella de modo consecuente. Hemos de reconocer que este proceso al que estamos abocados es toda una aventura maravillosa.

Lo que presentamos aquí es un hecho, una realidad vital a la que la gran mayoría de las personas se enfrenta hoy en nuestro mundo y que viven con particular inmediatez los muchos jóvenes a los que servimos en nuestros ministerios educativos y pastorales.

Acompañar procesos de crecimiento humano y cristiano

Contamos en nuestra tradición ignaciana con un verdadero tesoro para el acompañamiento de estos procesos. Se trata de los Ejercicios espirituales y de sus dinámicas, que tratamos de incorporar en la mayor parte de nuestros ministerios.

Los Ejercicios precisamente posibilitan que la persona se mire a sí misma en su verdad y descubra esta verdad en la mirada compasiva que Dios proyecta sobre ella. **La espiritualidad ignaciana construye persona:** madura decisiones, fortalece la generosidad y la entrega, abre horizontes de sentido y utopía, habilita para el discernimiento y el conocimiento personal, genera capacidad de resistencia y habilita el motor del agradecimiento como fuente de motivación para lo que hacemos. En este contexto, las personas van adquiriendo la capacidad de tomar decisiones por sí mismas, respondiendo con generosidad a lo que Dios desea de ellas.

No tenemos otro modo mejor hoy de ayudar a las personas a crecer en fe y solidaridad –es decir, a crecer en lo mejor de lo humano– que ofrecer nuestra espiritualidad ignaciana. Y a su vez,

difícilmente encontraremos una herramienta más actual y capaz de ayudar a las personas en su crecimiento que esta espiritualidad.

Seguramente nuestro gran reto consiste en **ofrecer esta espiritualidad ignaciana de múltiples formas**, incorporándola a todos los procesos de maduración personal y comunitaria que desarrollamos. Es necesario para ello profundizar en su significado y dinámicas y ser creativos a la hora de incluirla en todo lo que hacemos.

Sin embargo, los **obstáculos** que nos encontramos son también importantes:

- Cómo ofrecer la fe cuando el desprestigio de los credos religiosos es muy elevado en algunos lugares. En algunas de nuestras Conferencias, el proceso de secularización conlleva una percepción extendida de que ser persona de fe equivale a haber renunciado a la madurez humana.
- Cómo ofrecerla también cuando la Iglesia católica –y como parte de ella, también nosotros–, en muchas latitudes, experimenta un serio desprestigio, ligado a escándalos y a la percepción de que reclama derechos humanos fuera de la comunidad cristiana, al tiempo que discrimina en su interior.
- También existe la dificultad de invitar a las personas a la fe cristiana en aquellas sociedades con múltiples ofertas religiosas o en aquellas que están imbuidas por el fundamentalismo religioso.
- Cómo presentar la alegría de involucrarnos en las luchas de los pobres, sin recurrir al imperativo moral, ni a la rabia por lo inaceptable de muchas situaciones. Es decir, cómo ofrecer esta participación en el trabajo por la justicia como una fuente de vida y sentido, como un espacio donde seguir respondiendo desde el agradecimiento. Una dificultad particularmente grande, pues este compromiso conlleva muchas veces caer en la irrelevancia y el fracaso, que tal vez no se experimentan al principio, pero sí cuando la respuesta es sostenida en el tiempo.

4 Responder como un solo cuerpo apostólico

Decíamos que eran tres las preguntas que suscitaba nuestra contemplación del mundo. En torno a ellas hemos articulado los que consideramos grandes retos actuales para la Compañía hoy.

Sin embargo, en nuestro diálogo surgía aún un deseo mayor en el que se sitúan los compromisos anteriores: el deseo de un mundo más humano, más digno, que dé cabida a todas las personas y refleje nuestra condición de familia humana, que a día de hoy, es sólo una realidad prefigurada.

4.1 “Otro mundo es posible”

Este es el gran deseo que cultivan los desheredados de nuestro mundo, junto a los que vivimos y trabajamos: un mundo con otro rostro, más justo y solidario. El Padre sigue escuchando “el clamor de su pueblo” (Ex 3, 7) y continúa trabajando por liberarlo. Nuestro mundo experimenta “dolores de parto” (Rom 8, 22), mientras va naciendo para él un nuevo mañana.

Estamos invitados a participar de esta dinámica de liberación sustentada por el Padre, que mira al mundo entero y que no se conforma con pequeños cambios, limitados y fragmentados, sino que ubica todos estos en un horizonte mayor en el que adquieren todo su sentido.

Cambios estructurales

Hablamos de cambios en las estructuras económicas y políticas, pues son éstas las que, de forma básica, configuran las condiciones de vida de las personas que acompañamos y servimos. Se trata de **estructuras de ámbito nacional**: los ordenamientos jurídicos de un país, el modo en que está organizada su economía, el nivel de corrupción y el amparo legal que protege a los ciudadanos... son algunas de estas estructuras clave que determinan la vida de las personas. Pero son también **estructuras de ámbito internacional**; de hecho, en nuestros tiempos marcados por la globalización, esas estructuras condicionan fuertemente a los estados, que ceden soberanía a otros actores como puedan ser multinacionales o instituciones internacionales.

Seguimos creyendo que los cambios son posibles. Afortunadamente, lo creemos junto a muchos movimientos sociales y eclesiales que los están reclamando en defensa del bien común. Lo creemos a pesar de poderosísimos *lobbies* de gobiernos y empresas multinacionales que siguen trabajando para que la configuración jurídica y económica concreta beneficie sus intereses.

Al mismo tiempo, sabemos que se trata de una tremenda ingenuidad. De hecho, estos cambios se tuvieron por posibles en décadas anteriores, pero ahora parecería que la realidad se ha hecho más viscosa y esté más enmarañada, como para imaginarlos alcanzables.

Y sin embargo, es un hecho muy llamativo que **la Compañía a día de hoy está trabajando en muchos lugares** no sólo por cambios culturales –el espacio de misión que diríamos “natural” y que pedía la CG 34 (d. 3, n. 10)–, sino también **por cambios políticos**.

Respuestas de la Compañía

Hay algunos campos en donde la Compañía trabaja y algunos otros en los que se va abriendo camino. Son campos en los que necesitamos mucha colaboración entre todos nosotros y con todas aquellas personas “de buena voluntad”:

- Nuestra participación en **acciones de advocacy**: son muy numerosas en ámbitos locales o nacionales en favor de las comunidades más pobres. Se trata del diálogo con autoridades políticas, de acciones de *lobby* en juntas de accionistas de grandes empresas, de protestas públicas y movilización ciudadana, etc. Las iniciativas son muy variadas y se están produciendo en muchos países.

A su vez, la Compañía está intentando capacitarse para tener una voz en el ámbito internacional. El Servicio Jesuita a Refugiados lo lleva haciendo desde hace años. La iniciativa de Red Global de Advocacy Ignaciano (GIAN) que se está construyendo en torno a cinco cuestiones temáticas⁹, es también un intento de poder influir en las decisiones de nivel internacional que afectan a las personas con las que trabajamos.

- La **formación de una ciudadanía consciente y solidaria**: muchos de los cambios que necesitamos a nivel nacional e internacional dependen de la existencia de una ciudadanía que sea capaz de demandarlos ante sus gobiernos. De ahí la importancia de contribuir a la formación de esa ciudadanía.

Esta formación de la ciudadanía se realiza ya de múltiples formas y desde plataformas educativas, universitarias, pastorales, del apostolado social... Es un espacio abierto de colaboración. Alguna de las formas que adquiere son las siguientes:

- Favoreciendo la *lectura profética del Evangelio y la formación en doctrina social de la Iglesia* en las comunidades cristianas que acompañamos. Así contribuiremos a la formación de comunidades cristianas que participen en los debates sociales sobre el bien común de sus sociedades.
- *Ofreciendo posicionamientos propios*, que presenten visiones profundas y proféticas de los fenómenos sociales, elaborados con rigor y donde asumamos posiciones valientes. Esta tarea puede implicar, en algunos lugares, capacitar a las comunidades excluidas para que puedan expresar sus opiniones y proponer soluciones a sus problemas.
- *Formando comunidades cristianas* que adquieran, desde su fe, claros compromisos sociales y políticos. Es necesario en todo ello el uso de *medios de comunicación* adecuados que permitan la difusión del conocimiento y de las ideas.

- La **colaboración con movimientos ciudadanos y eclesiales**: la tarea de advocacy no la podemos llevar a cabo solos. Hay otros muchos grupos y comunidades que llevan tiempo desarrollándola con calidad. Este es necesariamente un espacio de colaboración. Por una parte, porque podemos conseguir juntos mayor impacto que si actuamos por separado. Por otra, porque la agenda social está ya construida y no disponemos seguramente de fuerza para generar nuevos ámbitos. Tenemos mucho por aprender unos de otros.

4.2 Crecer como cuerpo apostólico

Los retos que hemos presentado en el apartado anterior nos piden una mayor articulación como cuerpo. Este deseo aparecía de modo repetido en nuestro discernimiento. Para ello necesitamos una creciente colaboración interprovincial e intersectorial; un enraizamiento claro en nuestra identidad ignaciana; la apertura generosa a colaborar con otras personas e instituciones que sienten como propia la misma misión que nosotros o algunos aspectos sustanciales de ella; y una planificación que,

⁹ Estos aspectos temáticos son: Paz y derechos humanos, migraciones, acceso a la educación, ecología y gobernanza de recursos naturales y minerales.

mirando a la misión y a sus concreciones históricas, nos oriente en la creación de estructuras que respondan a los retos globales que nos desafían. Pasamos a describir estas demandas.

La necesidad de una colaboración amplia

La Compañía trabaja bien en lo local, es decir, en contacto directo con las realidades cercanas y con las personas. Es ahí donde en la actualidad reside su mayor fortaleza. Sin embargo, los retos que tenemos planteados precisan de una amplia colaboración entre nosotros. Y es ahí donde experimentamos muchas debilidades.

Se trata en primer lugar de una **colaboración entre sectores apostólicos** que han trabajado tradicionalmente de forma independiente. Hoy se hace necesario el establecimiento de colaboraciones entre sectores *en espacios geográficos concretos* para que la Compañía responda de una forma coordinada y coherente a los tres desafíos apostólicos a los que nos hemos referido. Las respuestas que demos deben incluir una postura clara en el ámbito público, esa colaboración y construcción en común de nuestras respuestas es un imperativo inevitable. **Las decisiones que tomemos nos afectarán a todos.**

Desde el apostolado social percibimos que esta colaboración con otros sectores apostólicos es esencial. Las personas y obras que componemos este apostolado no podemos responder a los desafíos que se nos plantean sin colaborar con ministerios pastorales, educativos y, de modo muy especial, con el apostolado intelectual y el sustento teológico de nuestros posicionamientos que éste puede proporcionar.

Esta colaboración entre sectores precisará de *estructuras intersectoriales adecuadas*, que a día de hoy aún no han madurado lo suficiente. Se tratará de estructuras que permitan pensar estratégicamente en el futuro de una forma más corporativa. Deberán ayudar a alcanzar consensos y a que estos no se tomen a la baja, es decir, no tengan que coincidir con los mínimos que los sectores ofrezcan.

Este tipo de estructuras se necesitan en ámbitos geográficos, es decir, de ciudad o región, de provincias, de conferencias... Esto implicará abrir cauces a un liderazgo estratégico al que sólo provinciales y presidentes de conferencias pueden dar cobertura.

También precisará de **modelos de colaboración entre sectores**, en los que todos tengamos ocasión de realizar nuestra aportación, en condiciones de igualdad, pues en todos late el mismo Espíritu. Nos preguntamos cómo podremos construir consensos, respuestas, posicionamientos, liderazgos, y alineamientos comunes. Somos conscientes de que en este campo de la construcción común de posturas y respuestas adolecemos de un serio déficit.

En segundo lugar, se trata de una **colaboración entre provincias y países**. El progresivo desarrollo de las Conferencias está siendo un instrumento clave en esta colaboración. Está ayudando a desbordar las fronteras tradicionales de las provincias y a comprendernos más corporativamente en la asunción común de responsabilidades. Resulta más difícil la colaboración entre las distintas Conferencias, si bien es cierto que las particularidades de cada una llevan a una cierta autonomía de cada una de ellas.

Esa colaboración requerirá el **uso de nuevas tecnologías**, para el que nos deberemos preparar, pues tanto la comunicación entre nosotros, como la visualización de nuestra misión y la oferta de participación necesitará de este tipo de herramientas.

Por último, queda por indicar que este tipo de colaboraciones demandará de nosotros grandes reservas espirituales: mucha generosidad para salir de nuestros pequeños mundos y contemplar la realidad con grandeza de miras, atender a la misión de la Compañía y no sólo a las pequeñas misiones de cada sector, dejar a un lado nuestros protagonismos, confiar en que juntos somos capaces de alcanzar mejor el *magis* al que estamos llamados, humildad y mucho discernimiento y oración en común.

Enraizados en nuestra tradición ignaciana

Estamos al servicio de las sociedades esencialmente plurales en las que vivimos. Enviados a sus fronteras, se nos ha encomendado dialogar y colaborar en el crecimiento en humanidad de esas sociedades. En muchos casos, somos sólo un grupo más, entre muchos, de los que cooperan –o compiten– en la construcción de esas sociedades.

Podemos tener una doble tentación: por un lado, despojarnos de nuestra particular identidad a fin de colaborar con otros. Se trata de la tentación de la dilución. Por otro, prescindir de los demás para construir solo nosotros, al margen de los demás. Es la tentación del exclusivismo.

Nos encontramos una vez más ante una de las tensiones ignacianas en las que la fecundidad reside precisamente en radicalizar los dos polos: continuar profundizando en nuestra identidad para ofrecer en la colaboración nuestra mejor herencia; y al mismo tiempo seguir colaborando, mientras descubrimos en esa disposición nuevas dimensiones de nuestra propia tradición.

De hecho, nuestra tradición ignaciana es un tesoro, tremendamente actual y dinamizadora de personas y comunidades. Esa es la mejor de nuestras contribuciones. Por eso nos corresponde **profundizar en esta espiritualidad**, sobre todo en lo que ella puede aportar al liderazgo en la misión, a la vida de comunidades y grupos y a la búsqueda común de soluciones a los problemas de nuestro mundo, en clave de discernimiento.

Codo a codo con nuestros colaboradores

Acostumbramos a decir “nuestra misión”, pero en realidad, como bien dice la CG 34 (d. 2), se trata de la misión de Cristo. Es decir, no es nuestra misión en un sentido privativo, es una misión a la que Cristo nos convoca junto a otras muchas personas y organizaciones. Somos muchas las personas llamadas para responder a esa misión que nos desborda a cada uno de nosotros tomado individualmente.

Esto también supondrá **ofrecer esta misión e identidad** que hemos recibido a los colaboradores laicos –ellos y ellas–, tan numerosos, que trabajan junto a nosotros, de manera que puedan decidir libremente adherirse a esta misión, en un compromiso vital que va más allá de lo que un contrato laboral puede recoger. Este compromiso no supondrá necesariamente una carga añadida a sus trabajos, sino fundamentalmente una participación en la pasión por la misión, en el deseo de que nuestras respuestas sean más fieles y auténticas y en la construcción de un cuerpo unido por el cariño y la cooperación.

Esto supondrá que en ocasiones –y en algunos lugares, con frecuencia, dada la disminución de jesuitas– los directores de nuestras instituciones serán personas laicas. Los jesuitas que trabajen en ellas deberán aprender a trabajar en un contexto en el que los líderes de nuestra misión son los que llamamos “nuestros colaboradores”. Esta será una ocasión para crecer en nuestra vocación de

servicio y en nuestra conciencia de que el conjunto de personas que hoy responde a nuestra misión está compuesto, en su acción y en su liderazgo, por jesuitas y laico/as.

Para que todo esto sea posible, será necesario capacitar a nuestros colaboradores para que puedan **participar en los procesos de toma de decisiones** de nuestras instituciones, en clave de discernimiento. A su vez, esto supondrá profundizar en nuestro **liderazgo estratégico**, pues si bien deberemos contar con ellos, con sus opiniones y posturas, habremos de subrayar el aspecto profético de ese liderazgo. No cabe duda de que ofrecer esta participación será para los jesuitas difícil, porque seguramente será para nosotros muy exigente y nos confrontará con nuestros discursos y nuestra disposición a llevarlos a la práctica.

Con visión estratégica

La Compañía cuenta con infinidad de jesuitas que han tenido una aguda visión estratégica de sus obras, que ha hecho a muchas de ellas excelentes en sus campos. Necesitamos ahora una **visión estratégica de conjunto** ante los desafíos de las fronteras actuales de nuestro mundo, que nos pueda proporcionar sentido y orientación.

Una visión estratégica de este estilo nos permitirá **ordenar nuestras prioridades**, descubrir su sentido y **prepararnos para las renunciaciones** que sean necesarias en el camino. Sólo ella nos permitirá, con dolor, renunciar a obras e iniciativas que fueron valiosas en el pasado, pero que tal vez hoy ya no nos ayudan a permanecer en las fronteras que identificamos.

Una visión estratégica que pueda ser transformada en opciones, procesos, proyectos y tiempos, nos dará la ocasión de seguir pensando sobre el *magis* ignaciano, sobre nuestra mejor respuesta en el día de hoy.

Esa visión estratégica precisa de algunas herramientas clave:

- Capacidad de pensamiento riguroso, profundo e interdisciplinar sobre la realidad
- Elaboración de diagnósticos sobre la realidad, que nos permitan tomar posturas maduras, de las que podamos dar razón
- Concreción en proyectos y acciones en nuestros distintos campos apostólicos de nuestros posicionamientos
- Seguimiento y evaluación de los proyectos y acciones
- Todo el proceso debe estar dirigido por el discernimiento apostólico en común y por un subrayado constante de nuestra identidad, marcada por el servicio de la fe y la promoción de la justicia

Nuevamente, la clave para la construcción de esta visión estratégica estará en nuestras actitudes espirituales. En especial, precisaremos de mucha libertad, lo que Ignacio llamaba indiferencia, para poder encontrar y colaborar con el Dios que trabaja en este mundo roto.

En definitiva, la Compañía tiene hoy el reto de acudir como un solo cuerpo a las fronteras donde hoy la humanidad sufre más, para servir al crucificado que nos sigue invitando a una vida renovada. Todo un desafío de oferta generosa, confianza abierta y esperanza sincera.

ANEXO 1

Metodología utilizada en la elaboración del documento

En enero de 2011 **enviamos a todos los Delegados Sociales de las Provincias**¹⁰ una encuesta referida a dos grandes capítulos: **la situación de la dimensión de la justicia hoy y los retos apostólicos de la Compañía**. El cuestionario al que nos referimos se encuentra en este mismo Anexo 1. El alcance y variedad de las encuestas nos ha permitido abrirnos a una gran amplitud de datos valiosos.

A continuación, los Coordinadores Sociales recogieron las respuestas a estos cuestionarios. Puede consultarse el Anexo 2 para ver cuál ha sido la participación de las Provincias, según Conferencias. En total, han tomado parte 66 Provincias y Regiones. A partir de estas respuestas, **los Coordinadores sociales elaboraron** –unas veces con la ayuda de un grupo, otras veces de forma individual– **un informe breve procedente de su Conferencia o Asistencia**, según el caso. De este modo, de cada Conferencia hemos dispuesto de un informe sobre las dos cuestiones a las que nos referimos. Esos informes se enviaron a todos los Coordinadores Sociales, para que con anterioridad a la reunión de mayo, pudieran leerlos y trabajarlos individualmente.

Finalmente, en la reunión anual de Coordinadores Sociales en mayo de 2011, dedicamos cuatro jornadas a la consideración de los informes con una metodología de **reflexión personal y de discernimiento comunitario**, para alcanzar un informe conjunto, que constituye el presente documento. Confiamos que pueda ayudarnos a reflexionar juntos sobre el futuro de la Compañía y contribuir a ilusionarnos cada día más por nuestra misión.

Los Coordinadores enviaron a los Delegados el siguiente cuestionario, que debía ser respondido en el área geográfica provincial de la que se encargan. El cuestionario incluía un buen número de preguntas que no tenían que ser respondidas una por una; se trataba de cuestiones a tener en cuenta a la hora de responder con rigor a los dos temas que nos planteamos:

- a) Sobre los **retos apostólicos más importantes de la Compañía**¹¹ hoy:
- ¿Qué fenómenos sociales actuales (regionales o internacionales) están demandando una respuesta urgente a la Compañía? Serán seguramente fenómenos que afectan a nuestras respuestas pastorales, educativas, de investigación y planteamientos teológicos... y obviamente, también a nuestras respuestas sociales.
 - ¿Qué respuestas apostólicas debemos ofrecer hoy a estos retos apostólicos? O, ¿qué características deben tener estas respuestas?
 - Y por otro lado, ¿qué problemáticas interiores a la Compañía nos piden una reacción por parte de la Compañía?

Para responder a esta primera parte, debemos revisar el terreno de la fe, de la justicia, de la reconciliación y de las fronteras, de modo preferente.

¹⁰ La denominación de los responsables del apostolado social en provincias, regiones y conferencias, puede variar. En el texto utilizamos la siguiente denominación: reservamos la palabra **Coordinadores** para los que lo son de las *Conferencias*; para el caso de las *Provincias* hablaremos de **Delegados**.

¹¹ Es importante aquí referirnos a retos “intersectoriales”, no meramente “sectoriales”, sino a retos que afectan a todos los Sectores, esto es, a la globalidad de la Compañía y que, por tanto, también encontrarán una respuesta propia desde el Sector Social en el que nos encontramos.

b) Sobre la **dimensión de la justicia**:

- Cómo se encuentra la sensibilidad de los *jesuitas* ante nuestro trabajo por la justicia:
 - si esta sensibilidad por la justicia está creciendo o no,
 - si goza de buena salud
 - qué proporción de ellos se dedican preferentemente a este apostolado...
- Cómo es la situación de nuestras *comunidades*:
 - si la vida de nuestras comunidades reflejan nuestro compromiso por la justicia
 - si son visibles en tanto que comunidades que trabajan por un mundo más justo
 - si existen comunidades de inserción, en qué proporción y si hay demanda de ellas...
- Cuál es la situación del *Sector Social*:
 - si propiamente existe como tal en la Provincia
 - señalar las instituciones que lo componen y el campo de sus trabajos
 - indicar si existe una Comisión Social provincial activa y reconocida
 - cuál es la salud del funcionamiento del Sector Social: activo, pasivo, actualizado...
- Cómo viven esta dimensión las *instituciones que no pertenecen al Sector Social*:
 - si han incorporado de modo explícito a su misión la preocupación por la justicia
 - si lo han hecho de modo sistemático
 - si colaboran estratégicamente con otras instituciones en torno a cuestiones de justicia
- Proyectos intersectoriales con participación del Sector Social: mencionar experiencias exitosas y fracasos.

Pedimos que las respuestas fueran elaboradas en una reunión de algunos jesuitas –y a poder ser, también de colaboradores laicos–, en ambiente de discernimiento.

El informe (o Contribuciones de los Delegados), que debía recoger los dos grandes capítulos temáticos propuestos, no debía tener más allá de 8 páginas (Times New Roman, 12pt).

Anexo 2
Respuestas recabadas procedentes de las distintas Conferencias

Conferencias	Nº respuestas provinciales	Índice de respuestas
Europa	19 respuestas	61%
Asia Pacífico	8 respuestas	62%
América Latina y Caribe	9 respuestas	50%
África	3 respuestas	30%
Sur Asia	18 respuestas	90%
Estados Unidos	9 respuestas	100%
Total	66 respuestas	65%

Anexo 3
Para nuestra oración / reflexión personal y para compartir en comunidad

1. En la lectura del texto, ¿qué te genera sentimientos de consolación: ilusión, esperanza, luz, generosidad, alegría...?
2. ¿Qué produce en ti desolación: desesperanza, preocupación, oscuridad...?
3. ¿De dónde crees que proceden estos sentimientos?
4. Preguntas para compartir en comunidad:
 - En tu Provincia / Conferencia, ¿cómo está respondiendo la Compañía a su misión, en lo que se refiere a la dimensión de la justicia?
 - ¿Cuáles crees que son las fronteras más importantes a las que la Compañía está hoy enviada?
 - ¿Cómo puede crecer la Compañía para actuar como un verdadero cuerpo apostólico?